

“Había varias crónicas que estaban a medio terminar, unas bastante completas, a otras les faltaba, y algunas que eran imposibles de recuperar. Entonces, en ese momento, me acordé de que la había perdido”.

Salomón Kalmanovitz, exesposo de Sylvia.

“Llegamos y la tenían en el batallón, no en la morgue. Muy agresivos los militares; en tono burlón, decían que por qué no había ido María Jimena, como diciendo: ‘Aquí también le damos lo suyo’”.

Salomón Kalmanovitz, exesposo de Sylvia.



esferas fue clave para producir muchas escenas, para conseguir gratis el Teatro Colón o convencer a los vecinos del peligroso barrio Los Laches para que nos dejaran abrir una trocha y subir los equipos y la casona desarmada a un cerro maravilloso para rodar la escena donde se instalan los protagonistas. Ellos, como nosotros, “de puros invasores”, dijo Sylvia. No en vano la película está dedicada a ella.

También trabajamos varios documentales para productoras norteamericanas y canadienses, sobre la violencia política y el narcotráfico, que convirtieron a la Colombia de los ochenta en una orgía diaria de sangre. Esta experiencia, en un trabajo que desempeñaba con extraordinaria solvencia, la llevó a que la contrataran Adelaida Trujillo y Patricia Castaño para un documental sobre el conflicto armado en el Magdalena Medio, poco después de acabar el rodaje de *La estrategia*.

Antes de irse a su encuentro fatal, discutimos sobre los riesgos que estaba corriendo, tan altos. Ya había tenido un gran susto con el equipo de filmación, cuando fueron testigos de bombardeos clandestinos del Ejército en zonas campesinas de Yondó. Ahora tenía que viajar a Cimitarra, zona controlada por los paramilitares en alianza abierta con el Ejército y en plena guerra con las Farc. Lo que menos querían los bandidos de la derecha eran periodistas o cámaras cerca. Su hermana María Jimena había escrito en *El Espectador* artículos muy fuertes denunciando las atrocidades de esos ilegales que se apoderaron a sangre y fuego del territorio, de manera que la presencia de Sylvia era una doble provocación. Pero a ella nada le impedía navegar con firmeza hacia el peligro, contra todas las recomendaciones, advertencias y razones. Así perdí a esta gran amiga.

Los autores intelectuales que truncaron su vida y su proceso creativo siguen incrustados en el Estado. Se encuentran casi todos libres, gozando de la impunidad oficial, de reconocimiento social, dueños de una alta cuota de poder, sin que se les reclame la costosa estupidez de sus acciones, tan violentas como cobardes e inútiles. Aquí seguimos los compañeros de Sylvia, sus amigos y los ciudadanos que preferimos la convivencia tranquila con las diferentes formas de pensar e interpretar el mundo, en la batalla para derrotar la práctica del asesinato como mecanismo de exclusión en nuestro país. No lo hemos logrado en estos 30 años de esfuerzos, pero seguimos atrayendo a los malandros a un pensamiento racional. Sabemos que poco los hace reflexionar en su fanatismo, que casi nada los conmueve y que ni siquiera los cambian hechos como la firma de los Acuerdos de Paz de La Habana. Como los vampiros, necesitan la sangre de otros para vivir. Siguen creyendo que eliminar a sus rivales es la manera de construir una mejor sociedad, aunque sea solo para ellos. Ellos impidieron que Sylvia viviera feliz, con todos los aportes que tenía para hacer a toda la sociedad. Nosotros insistiremos en acabar con esas prácticas, no nos han derrotado. ■

recortar. Se rió mucho cuando al acabar me dijo, exhibiendo un mamotreto enorme: “Acabamos. Convertimos 100 páginas de su guion original en 400. Un récord”. Y soltó su maravillosa carcajada. Luego fue fundamental en el rodaje como asistente de producción, donde tuvimos que ser muy recursivos por el exiguo presupuesto. Su conocimiento del bajo mundo y de las altas

SALOMÓN
KALMANOVITZ



Sylvia murió de 30 años

Conocí a Sylvia Duzán a mediados de 1983. Ella trabajaba en *Semana* en un semillero de jóvenes periodistas. Yo era columnista de la revista turnándome con Ernesto Samper y Jorge Valencia, en un abanico político de izquierda, liberal y conservador que hacía perder continuidad a los temas.

Un día que fui a entregar mi columna, se turbaba considerablemente. Sylvia escribió una carta de un supuesto lector criticando duramente a Samper por superficial, comparándolo con la profundidad de este servidor. Eventualmente, Felipe López clausuró la columna compartida y Sylvia se salió de la revista, inconforme con su creciente conservadurismo, pero nosotros continuamos viéndonos.

El padre de Sylvia era Lucio Duzán, heredero de la familia Galvis, propietaria de *Vanguardia Liberal* en Bucaramanga, pero se abrió de ella, decidió cambiarse el nombre y adoptó el seudónimo con que firmaba su columna, para hacer carrera independiente en *El Espectador* y en el mundo publicitario. Cuando murió Lucio, María Jimena, la hermana mayor de Sylvia, asumió la columna a la temprana edad de 17 años, comenzando a labrar su exitosa y larga carrera. Sylvia se propuso hacer lo propio por fuera de los medios de comunicación convencionales, quizá porque quiso seguir el ejemplo de su padre, y experimentó con nuevas publicaciones, incursionó en la crónica negra, el rock, los jóvenes rebeldes y trató de entender a los que vivían del crimen. También, como lo muestra Ramón Jimeno en su crónica, se metió a hacer cine y trabajar en guiones y documentales.

Yo estaba saliendo de un divorcio conflictivo cuando la conocí y no estaba muy abierto a nuevas relaciones; tenía entonces 40 años y Sylvia 23, pero me desafiaba y atraía tanto, que dejé atrás mis recelos. Le advertí que podía pasarle igual que a su madre, quien se casó con su padre que era mayor que ella los mismos años que yo le llevaba, enviudando temprano. Claro que no me hizo caso. Fue el inicio de una luna de miel que se prolongó por casi siete años. Yo soy reservado y poco comunicativo, y ella se volvió un puente que me abrió a la gente joven. Sentí que me rejuvenecía compartiendo su energía, sus amigos, su música, sus aventuras periodísticas; escribimos juntos un texto de bachillerato de historia de Colombia para noveno grado que fue presa de escándalo y grandes ventas; se hi-

zo muy amiga y compinche de mis dos hijos adolescentes y los educó en el rock y la literatura.

En 1988 conocimos a Alma Guillermpriet, quien recién se instalaba en Bogotá a escribir sus valientes crónicas sobre los conflictos de América Latina y el narcotráfico con sus impactos en la vida de los colombianos. Alma se constituyó en el modelo a lo que aspiraba ser Sylvia: cronista de temas de gran interés público, tortuosos, oscuros y peligrosos de investigar, analizados en un contexto político, así como temas de danza y arte. Sylvia también llegó a admirar a Laura Restrepo por su radicalismo y habilidad literaria, confiándole sus contactos y temas mientras Sylvia andaba de *free lance* en el fatídico 1989, pocos meses antes de su asesinato.

La idea de hacer un documental sobre las elecciones en zonas de conflicto de Colombia fue propuesta por Patricia Castaño y Adelaida Trujillo al Canal 4 de la televisión inglesa, que financió el proyecto. Necesitaban a una periodista que hiciera la investigación. Se lo propusieron a María Jimena, quien estaba ocupada y esta consultó a Sylvia. Ella lo examinó con recelo, pero finalmente aceptó y se entusiasmó en la medida en que hacía el trabajo de campo, primero alrededor de Barrancabermeja, donde merodeaban las Farc, para después ir a entrevistar a los dirigentes de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare, la ATCC, una cooperativa que operaba cerca de Cimitarra, en difícil equilibrio entre la guerrilla y los paramilitares de Puerto Boyacá que se disputaban el territorio.

Sylvia debía reunirse con los dirigentes el 26 de febrero en la cafetería La Tata, en la cabecera municipal. Yo la llevé al aeropuerto temprano, pero había un trancón imposible de salvar y ella abandonó el carro, pasó a pie, pero ya estaba cerrado el vuelo a Bucaramanga. Decidió entonces irse en flota en un viaje que le tomó 12 horas, para llegar a su cita con la muerte hacia las nueve de la noche. Los sicarios merodeaban desde la mañana porque sabían que Sylvia estaba por llegar. Cuando al fin apareció y se sentó en la mesa de la cafetería junto a los dirigentes de la cooperativa, los asesinaron a la vista de todos. Ni el Ejército ni los policías se dieron por enterados.

Esa noche me llamaron de la policlínica de Cimitarra a contarme que Sylvia estaba muy grave, con varias heridas de bala, una en la cara. En la madrugada me recogió Carlos Angulo Galvis, primo de Sylvia, quien me acompañó a Bucaramanga donde conseguimos una avioneta para llegar a Cimitarra. Recogimos su cadáver en la morgue y nos devolvimos con ella. Ahí en la avioneta la vi muy pálida, envuelta en una sábana asegurada por una cuerda. Sentí que sus sueños habían sido destruidos y que los años de juventud que había ganado en su intensa compañía también se derrumbaban abrumadoramente.